

Prólogo

No puedo decir exactamente el curso académico en que conocí a Nuria Plaza. Las anormales circunstancias por las que pasamos, cuando escribo estas líneas, me impiden acercarme a mi despacho de la Facultad para consultar el fichero en el que guardo su ficha escolar, junto a las de otros estudiantes destacados. Esas fichas de hace veinte o treinta años, con sus datos, sus fotos y sus notas manuscritas, me trasladan a un tiempo de búsquedas y esperanzas, o, por mejor decir, de epifanías; un tiempo, en cualquier caso, muy distinto del actual en que, por razones obvias, las epifanías ya no pueden ser ni tantas ni tan luminosas. Es, en efecto, ahora cuando cobran todo su sentido las reflexiones que, sobre el oficio de enseñar, hace don Gregorio Marañón en su ensayo sobre Amiel: «Ninguna actividad sistematizada y repetida influye en la psicología y luego en la vida entera tan hondamente como la rutina de enseñar. Ni la vida del militar, ni la del cura son en este sentido comparables a la del catedrático. Enseñar oficialmente, tan a lo largo, es poner cada año en contacto con una generación nueva, abundante y distraída, lo más recogido de nuestra personalidad inmutable y dejar resignadamente que se lo lleven a pedazos. Dar lo mejor nuestro en beneficio de ese monstruo anónimo e inevitablemente ingrato que se llama una promoción. Sentirse envejecer ante un espejo que es cada año más joven y multiplica por eso, a cada nuevo curso, nuestra decadencia».

Aparentemente signadas por la melancolía, las palabras del doctor Marañón son, sin embargo, un cántico a la enseñanza universitaria e, implícitamente, a la labor investigadora que corre parejas con aquella, pues una y otra son indisolubles cuando de humanidades tratamos. Por aquel entonces me tocaba enseñar muchas materias e investigaba, esencialmente, sobre una sola: los géneros dramáticos breves del Siglo de Oro; esa riquísima tradición de nuestro teatro que va de Lope de Rueda a Nieva, de Quiñones de Benavente a Arniches,

de Cervantes a García Lorca... Este era mi *tema* desde que acabé la carrera y me puse bajo la protección de mi maestro, don Francisco López Estrada, un ejemplo de integridad en todos los órdenes, y un modelo de humanidad y humanismo, a quien me gusta recordar en circunstancias como las presentes (me refiero ahora a las estrictamente universitarias), de no poco desmadre e incertidumbre en los estudios literarios, como una y otra vez denunciara en sus últimos escritos el recién fallecido George Steiner.

Don Francisco nos hablaba a menudo de la cadena en la transmisión del saber o, más modestamente –añado yo–, de la pasión por el saber: sentirse eslabón de esa cadena es lo que –en su opinión– justificaba el paso de uno por la universidad y hasta por la vida. Así es que lo que, en alguna ocasión, he llamado «el gran mundo del teatro breve» –apasionante para mí– despertó también la pasión en un nutrido grupo de jóvenes investigadores que nombro con indisimulado orgullo, pues muchos han alcanzado ya puestos profesionales de relieve en universidades españolas y extranjeras: Catalina Buezo, Hae-Joon Won, Héctor Urzáiz, Gema Cienfuegos, Jaeseon Kim, Rafael Martín, Esther Borrego, Francisco Sáez, Manuel Rebollar, Francisco José Olmedo, Julio Vidanes, Margot Versteeg... Añado a la lista el nombre del dramaturgo Álvaro Tato que, aun no habiéndose dedicado a la universidad, pese a haber sido un estudiante 10, ha subido a las tablas con su compañía Ron Lalá entremeses clásicos y otros de su propia y felicísima invención.

Nuria Plaza ha tardado más tiempo en doctorarse, pues la vida la llevó por otros derroteros: enseñanza en programas universitarios norteamericanos, didáctica del español para extranjeros, una magnífica edición de *La verdad sobre el caso Savolta*, de Eduardo Mendoza, y varios artículos y ponencias sobre el tema de su tesis, que presentó en 2017. Largo pero feliz viaje no solo para ella sino también para su director, cosa que no siempre ocurre. A la empatía académica que requiere la relación entre maestro y discípulo, ha de unirse la personal, que depende ya de otros factores, a la postre los de mayor peso, bien que también los más complicados de apuntalar. Contábamos Nuria y yo con la ventaja de nuestra afición por un asunto eutrapélico y de tener ambos un razonable sentido del humor. No veo citado mucho un pequeño pero brillante discurso que Ortega y Gasset dirigió en 1925 a los estudiantes de la mítica Residencia madrileña. Trata de la risa y su necesidad vital en un medio como el universitario, tan propenso a solemnidades y pedanterías de toda especie. Paulino Garagorri tuvo el acierto de incluir ese ensayo en el volumen *Misión de la universidad*, lo que refuerza su interés a nuestro propósito. «Procurad –aconsejaba el maestro– que os llegue la madurez cuando tengáis bien llenos

de risa los sótanos del alma», porque ella, la risa «nos prepara a entrar en trato con las cosas: el preocupado, el hosco no deja que llegue nada dentro de su campo visual». Y concluía: «un alma que ríe, que ríe hasta el fondo de sí misma es un alma sana y limpia: cuando algo dentro de vosotros se resista a entrar en la danza de la risa desconfiad de ello: es seguramente algo torvo, algo enfermizo, tal vez una envidia, una acrimonia, una turbia emoción». Imagino lo que diría Ortega en esta época nuestra, tan infectada de los virus peores y más incurables, los que derivan de las ideologías sectarias –valga el pleonasma–, de las condenas y censuras a todo aquello que no encaja en la nueva normalidad orwelliana, incluida esa neolengua rampante, que hasta en los antiguos templos de la palabra que eran las facultades de Filología se va imponiendo, por desgracia, poco a poco.

La apología orteguiana de la risa enlazaba, como por encanto, con el tema de la amistad, pues que no era esta –a juicio de Ortega– sino el fruto natural del contacto entre dos «almas risueñas». Y tal ha sido el proceso de mi relación con Nuria Plaza, «alma risueña» a quien hoy tengo por amiga del alma. Un verano la invité a un curso en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, donde a su vez me había invitado mi admirado y recordado Francisco Márquez Villanueva para hablar de la literatura festiva, el carnaval y los bufones. Y justo allí quiso el azar que Nuria conociera a un profesor catalán, con el que no tardaría en matrimoniar. Como ella posee, entre sus muchas virtudes, la musical, aún recuerdo su voz, entonando la cantiga de Martín Códax –*Ondas do mar do Vigo*– en honor de su *amigo* Jordi, con quien luego ha tenido dos hijos estupendos. Desde entonces nos vemos al menos una vez al año, por Navidad, y hablamos de muchas cosas que no son, precisamente, literarias, pues tocan a la vida pública, con la que ella se ha comprometido firmemente desde su posición de catalana de adopción, que se resiste a dejar de ser española en la tierra de Antoni Gaudí y Salvador Dalí, de Santiago Rusiñol y Josep Pla, de Margarita Xirgu y Albert Boadella...

En fin, ya ven que, en lugar de escribir sobre el tema de este libro, estoy haciéndolo sobre su autora. Acaso por el síndrome que adquirí, hace ya algunos años, cuando al publicar una obra colectiva de cierta ambición, sugerí a la editorial el nombre de un afamado colega para que escribiera el prólogo. Se avino a ello el colega en cuestión, no sin antes recibir un nada despreciable estipendio, y en las tres páginas de aquel prólogo por encargo escribió de todo lo humano, de otros autores y, por supuesto, de sí mismo, pero ni una sola palabra sobre el responsable del libro que prologaba. Solo luego de leer a Ortega comprendí el error inmenso que, en mi ingenuidad, había cometido:

pedirle un prólogo a alguien con quien yo no había leído nunca y, por tanto, con quien la amistad era inexistente. Lo cual no es el caso que nos ocupa ahora: el de mi amiga Nuria Plaza, con quien tanto he leído, y que con este libro ilumina uno de los géneros fundamentales de la fiesta teatral barroca, la loa dialogada.

JAVIER HUERTA CALVO
Madrid, primavera de 2020